



Á LA MEMORIA DESGRACIADA

DEL JOVEN LITERATO

Don Mariano José de Larra.

Ese vago clamor que rasga el viento  
Es la voz funeral de una campana:  
Vano remedo del postrer lamento  
De un cadáver sombrío y macilento  
Que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su misión sobre la tierra,  
Y dejó su existencia carcomida,  
Como una virgen al placer perdida  
Cuelga el profano velo en el altar.  
Miró en el tiempo el porvenir vacío,  
Vacío ya de ensueños y de gloria,  
¡Y se entregó á ese sueño sin memoria,  
Que nos lleva á otro mundo á despertar!

Era una flor que marchitó el estío,  
Era una fuente que agotó el verano;  
Ya no se siente su murmullo vano,  
Ya está quemado el tallo de la flor.  
Todavía su aroma se percibe,  
Y ese verde color de la llanura,  
Ese manto de yerba y de frescura,  
Hijos son del arroyo creador.

Que el poeta en su misión,  
Sobre la tierra que habita  
Es una planta maldita  
Con frutos de bendición.

Duerme en paz en la tumba solitaria  
Donde no llegue á tu cegado oído  
Más que la triste y funeral plegaria  
Que otro poeta cantará por ti.  
Esta será una ofrenda de cariño  
Más grata, sí, que la oración de un hombre,  
Pura como la lágrima de un niño,  
¡Memoria del poeta que perdí!

Si existe un remoto cielo  
De los poetas mansión,  
Y sólo le queda al suelo  
Ese retrato de hielo,  
Fetidez y corrupción,

¡Digno presente, por cierto,  
Se deja á la amarga vida!  
¡Abandonar un desierto  
Y darle á la despedida  
La fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el *no ser*  
Hay un recuerdo de ayer,  
Una vida como aquí  
Detrás de ese firmamento...  
Conságrame un pensamiento  
Como el que tengo de ti.







## INTRODUCCIÓN

---

Broté como una yerba corrompida  
Al borde de la tumba de un malvado,  
Y mi primer cantar fué á un suicida:  
¡Agüero fué, por Dios, bien desdichado!

Al eco de este cántico precito  
Dijo el mundo escuchándome: «Veamos»,  
Y sentóse á mirarme de hito en hito:  
Y el mundo y yo, por mi primer delito,  
Desde entonces mirándonos estamos.

Dejemos á los muertos en reposo  
Y que duerman en paz, si es su destino;  
Harto haremos en mar tan proceloso  
Como es la vida, en encontrar camino.

Yo el mío me busqué por las turbadas  
Ondas de aqueste mar, y mi barquilla,  
Por medio de otras muchas que extravía-  
Bogar sin rumbo vi desesperadas, [das  
Procuré conducir hacia la orilla.

Velé, gemí, con angustiado lloro  
Volvíme al cielo y acudí á las ciencias:  
¿A la ribera tocaré? Lo ignoro;  
Sólo sé que la tengo en mi presencia.

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito,  
Y á impulso de recóndito misterio  
Dióle la soledad eco infinito,  
Y fué, tornado en cántico maldito,  
Á expirar en mitad de un cementerio.

Yo sentí que la tumba me aplaudía,  
Y ansio de gloria al corazón hallando,  
Dije dentro de mí: «La tierra es mía.»  
Y con mayor afán seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,  
De arcángel mi poder; mi alma altanera  
Me arrebató hacia el alto firmamento,  
Y la región azul del vago viento  
Embelesé con mi canción primera.

Atrás dejé las águilas que miran  
Con ojo audaz al sol, atrás quedaron  
Las nubes que relámpagos respiran,  
Los soles mil que por espacios giran  
Donde mortales ojos no llegaron.

Creí el mundo á mis pies; alcé la frente  
Para cantar mi orgullo, y mis oídos  
Del medio de una nube refulgente  
El acento de Dios omnipotente  
Oyeron, de pavor estremecidos.

«Canta, dijo una voz, tal es tu suerte,  
Pero canta en el polvo que naciste,  
Allí donde jamás han de creerte:  
Canta la vida, mientras va la muerte  
Á sí llamando tu existencia triste.»

Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,  
Y al impulso de su hálito divino,  
Con cántiga risueña ó dolorida  
La soledad alivio del camino:  
Y cumplo así la ley de mi destino.



Inunda paz sabrosa  
Mi corazón tranquilo,  
Y dichas y deleites  
Encuentro por doquier:  
Mi ser halló en mi alma  
Inalterable asilo,  
Mi espíritu respira  
El ámbar del placer.

Y nada me atormenta,  
Ni envidia ni deseo:  
Mi espíritu al abrigo  
De la tormenta está:  
Pasar á las edades  
Indiferente veo;  
Mecido en dulces sueños  
Mi pensamiento va.

Y á veces me arrebató  
Mi loca fantasía  
En alas de su joven  
Fecunda inspiración;  
Y á un mundo me transporta  
De encanto y de armonía,  
Do gozan mis potencias  
Espléndida ilusión.

Mi espíritu se libra  
Del cuerpo que le encierra,  
Y grande y poderoso  
Como su Dios se cree,  
Y alcanza desde el cénit  
Á la lejana tierra,  
Cual punto en el espacio  
Que apenas no se ve.

Y el orbe ante mis ojos  
Despliega los misterios  
Que impulsan la infinita  
Y excelsa creación;  
Y hollando los escombros  
De tronos y de imperios,  
Revienta en armonía  
Mi libre corazón.

Cuanto es en los espacios  
Su ser me patentiza:  
Un templo ante mis ojos  
El universo es,

Y todo en su recinto  
Se ensalza y diviniza,  
Y la creación entera  
Tendida está á mis pies.

No hay canto, ni suspiro,  
Lamento ni murmullo,  
Cuyo eco misterioso  
Fingir no sepa yo,  
Que mi niñez mecieron  
Los bosques con su arrullo,  
Y su creencia santa  
La soledad me dió.

La música comprendo  
Que en las volubles hojas  
Resuena á la presencia  
Del céfiro fugaz;  
Y entiendo en el otoño  
El ay! de sus congojas  
Con que piedad imploran  
Del ábrego tenaz.

Yo sé cómo susurran  
Con diferentes voces,  
Marchitas en Setiembre,  
Jugosas en Abril;  
Ya rueden con el polvo  
En círculos veloces,  
Ya con su toldo verde  
Coronen el pensil.

Yo entiendo de las aves  
Los cánticos distintos,  
El saludar al alba  
Ó huir la tempestad;  
Buscando de las selvas  
Los cóncavos recintos,  
En donde alegres gozan  
Salvaje libertad.

Entiendo el agorero  
Graznar de la corneja,  
La ronca voz de buitre  
Que huele su festín;  
Del solitario buho  
La temerosa queja,  
Y el amoroso trino  
Del ágil colorín.

Y el ruido con que vuela  
La errante mariposa,  
Los pasos de la oruga  
Sobre la fresca flor,  
El desigual zumbido  
Con que anda codiciosa  
La abeja, de su cáliz  
Volando en derredor.

El sol con que su nido  
Columpia la oropéndola,  
Del álamo frondoso  
Suspense en la altitud,  
Y los murmullos que alzan  
Las ráfagas, meciéndola,  
Haciendo, revoltosas,  
Eterna su inquietud.

Los mágicos rumores  
Que elevan diferentes  
Las diferentes aguas  
Del bosque ó del jardín,  
Cuando los montes surcan  
Sus rápidos torrentes,  
Cuando en los valles buscan  
Sus arroyuelos fin.

Y el temeroso acento  
De las voraces fieras,  
De la tormenta ronca  
El iracundo son.  
En mis oídos posan  
Las notas lisonjeras  
Que ensalzan y armonizan  
La inmensa creación.

Conozco de los astros  
La incógnita carrera,  
Del ángel que los guía  
La luminosa faz,  
Y la del ROSTRO SANTO  
Que en ellos reverbera,  
Torrentes derramando  
De vida y claridad.

Las nubes le saludan  
Con majestuoso trueno,  
La atmósfera le enciende  
Relámpago veloz,  
La tierra le abre humilde  
Su perfumado seno,  
Y el mar canta su gloria  
Con incesante voz.

Si airado pestañea,  
Los mundos se estremecen;  
Si torna el rostro, yacen  
En muerta oscuridad,  
Si su hálito les niega,  
Caducan y envejecen:  
Él solo es la existencia,  
La luz y la verdad.

Para Él tiene tan sólo  
La eternidad guarismo,  
Y número los astros,  
Y las edades fin,  
Y límite el espacio,  
Y término el abismo;  
Y nada se le esconde  
Por lóbrego ni ruin.

Su dedo es la balanza  
Que en equilibrio tiene  
La máquina gigante  
De su alta creación,  
Y cuanto en ella existe,  
Su dedo lo mantiene,  
Y ese es el Dios que canta  
Mi lengua y mi razón.

Y voz no hay ni suspiro,  
Lamento ni murmullo,  
Cuyo eco misterioso  
Por Él no entienda yo;  
Que mi niñez meciera  
Los bosques con su arrullo,  
Y su creencia santa  
La soledad me dió.

